

Editorial

Donde la comunidad se encuentra

Nada es más valioso para la vida universitaria que la comunidad académica. Ella es garantía para la autoevaluación permanente, la consolidación y la proyección social.

La comunidad académica está integrada por un grupo de docentes dedicados al estudio y la investigación, que se cualifican hasta transformarse en expertos en un área de la ciencia y el saber, lo que termina por conferirles una especial pertinencia social. Los estudiantes son su natural complemento. Con ellos se ensambla ese organismo, la comunidad académica, a la que históricamente se han agregado la rectoría y la decanatura (dirección), oficios con la encomienda de administrar las relaciones internas y con el medio. Esta es la estructura básica de la universidad.

La estructura es simple y casi la misma desde el siglo XII, en el origen; los posteriores añadidos son como artefactos que supuestamente buscan mejorar el ejercicio de las funciones sustantivas. No siempre lo logran. Por otro lado, el fortalecimiento de la universidad, como ocurrió con la universidad alemana a partir del siglo XVIII, tuvo que ver con la autonomía que el poder político les otorgó a las comunidades académicas. Sin autonomía las universidades son inútiles.

Normalmente las comunidades académicas están sometidas a fuerzas centrípetas, al encierro. Encierro que rompen cuando se dedican a leer el contexto en el que están inscritas, a debatirlo e interpretarlo, porque así es que desarrollan las capacidades de adaptación, resistencia y transformación, según el caso.

Una de las grandes funciones de las comunidades académicas es buscar las estrategias que le permitan a la universidad proyectarse socialmente. Y es la escritura una de esas estrategias, quizás la más antigua, y la que sigue siendo más sólida y eficaz. Esto es entender las publicaciones como extensión y proyección. Es por eso que no es posible concebir una buena comunidad académica sin una buena revista.

Y la revista es expresión de la comunidad académica, es un escenario mágico y privilegiado en el que se dan el encuentro, el pensamiento, la

discusión y la proyección; desde la revista se trazan caminos que permiten a la universidad realizar su misión.

Una revista es un espacio para corregir y para fortalecer. Cuando las cosas no marchan bien, cuando la calidad no es la requerida, de poco sirven los discursos motivacionales y la elaboración de nuevas leyes. Cuando es necesario replantear, para enderezar el rumbo, lo más eficaz es trabajar en la transformación de la atmósfera que envuelve la vida académica.

La calidad educativa es producto de la atmósfera específica en la que vive la comunidad académica. Esa atmósfera se construye con prácticas diversas durante el tiempo. En ella se expresan las identidades y la cultura de la comunidad académica. Las estrategias para el cambio, las más eficaces, son las que logran transformar la atmósfera. Por ejemplo, los índices de la lectura bien realizada nunca se han logrado mejorar con normativa, pero sí con prácticas frecuentes.

Lo mismo ocurre con la capacidad humana esencial para la formación, tanto en la familia como en la institución educativa, la capacidad de escucha efectiva, aquella sin prevenciones. La escucha es educación, ascenso, relación; es un arte que, precisamente en la revista, dada su condición de espacio de encuentro, se aprende y se practica.

La revista universitaria es un escenario estético en el que confluyen las energías que impulsan las condiciones de la existencia, como la armonía, el arte y el lenguaje. El lenguaje, que es expresión estética por excelencia, es posibilidad relacional, es formador, es el centro de la esencia de la revista.

A partir de la conciencia de la fuerza de lo estético es que se puede entender el concepto nietzscheano que afirma que sin lo estético no es posible lo ético. Dice este pensador que solo como fenómeno estético se justifican el mundo y la existencia. Lo hace al comienzo de su *Nacimiento de la tragedia*, obra primigenia de un joven profesor, al que le trajo la malquerencia y la persecución de un grupo de embravecidos maestros envejecidos en la gloria, quienes no estaban dispuestos a aceptar las percepciones novedosas que, como un titán sobre sus hombros, se había echado ese joven profesor.

Precisamente las letras dieron fuerza a Nietzsche para sacudir a la universidad y al mundo. Esta es una clara muestra de la potencia del pensamiento crítico, que corresponde a las universidades desarrollar en los estudiantes, en aras del desarrollo social. La vida en sociedad se hace más armoniosa en la medida en que los individuos sean capaces de mirar críticamente su propia existencia. Desarrollar el pensamiento crítico es, entonces, una

necesidad, y lo que, en buena medida, corresponde a la revista, siendo ese uno de sus compromisos éticos.

La revista es discusión, expresión respetuosa del desacuerdo, posibilidad del desencuentro enriquecedor, en tanto es el que permite percibir caminos alternos. La revista es oposición a las homogeneizaciones, tan nocivas para el desarrollo de lo humano. Cada vez que se intenta homogeneizar lo humano, el resultado es una catástrofe. La revista es posibilidad de reivindicación de la diferencia y, como nos enseñó Richard Rorty, nos da la posibilidad de que logremos vivir, académica y humanamente, no en el tormento de la búsqueda del esquivo consenso, sino creativamente en el disenso. La revista, en cuanto escenario de encuentro de la comunidad académica, impulsa a la universidad en el logro de su misión esencial, contribuir con el mejoramiento continuo de la calidad de vida social.

Ramón Arturo Maya Gualdrón

Decano

Escuela de Ciencias Sociales

Universidad Pontificia Bolivariana